

ENTREACTOS

LA PIQUETA AMBULANTE

Por Ramón Vasconcelos

EN otro lugar de esta edición aparecen unas declaraciones de nuestro estimado compañero en el periodismo, profesor de "San Alejandro" y presidente de la Comisión de Turismo del Consejo Consultivo, Armando Maribona, sobre el propósito de demoler el antiguo Convento de Santa Clara para levantar el edificio del Banco Nacional.

¡Estamos aviados! Parece que cada vez que ahora hace falta un lugar en la Habana Vieja para hacer una obra, se escoge el que tiene algún valor histórico. Dimos una batalla para que no se colocara en el pedestal de Fernando VII, en la Plaza de Armas, la estatua de Carlos Manuel de Céspedes. Todavía la amenaza está en el aire. Para dar tiempo al tiempo, se ha optado por no decidir. Esto será siempre preferible a la furia demoledora que derribó las arcadas coloniales de la Plaza del Polvorín a pesar de las advertencias primero y las protestas después de historiadores, arqueólogos y artistas. Se sacó a relucir la consabida *piqueta del progreso*. Así nos quedamos sin arcadas y sin lo otro, que lleva trazas de ser un detalle para turistas, como los trozos de las Murallas que se han salvado de milagro.

Maribona se alarma con razón. Quien hace un cesto, hace ciento. Y quien —un "quien" anónimo y persistente— concibió la idea de demoler las arcadas del Polvorín, la Maestranza, el Hospital de San Lázaro y la vieja Intendencia, o la primitiva Universidad de La Habana, puede haber concebido y llevar a cabo la de instalar un ultramoderno Banco Nacional en el evocador recodo del convento de las clarisas, destruyendo las reliquias de la arquitectura colonial tan celosamente restauradas y defendidas por Carlos Miguel cuando ocupó la Secretaría de Obras Públicas. El día menos pensado caerá el Templo o la Beneficencia.

Sé lo que se dirá: que con esa manía de conservar antiguallas será imposible modernizar La Habana. No es eso. Se puede y hasta se debe modificar lo que no

represente parte de nuestro patrimonio artístico o histórico, lo que no sea un monumento o una pieza de museo. Con dinero se fabrican diez *hoteles nacionales*, pero todos los millones del mundo serían insuficientes para adquirir la "pátina" del Castillo de la Fuerza o de la Farola del Morro. Con este concepto arqueológico hay que mirar a las ciudades, singularmente aquellas que, como la nuestra, no tienen otros tesoros que ofrecer de su pasado. La mayor riqueza de Italia, por ejemplo, está en sus ruinas y museos. Egipto, además de sus pretéritas grandezas faraónicas, sigue siendo un documento vivo junto a la desolación del Sahara, por las Pirámides y la Esfinge que las confirman.

Pero todo esto es machacar en hierro frío. No se trata de establecer comparaciones imposibles, sino de proteger lo que tenemos *todavía*, aunque sea triturando lugares comunes.

La Casa del Marino, el primer mercado, los rincones amables, las huellas antañonas, quizás el recuerdo de la Condesa de Merlín, las apacibles galerías claustrales, las románticas rejas, el amplio patio interior, toda una época conservada en medio de las transformaciones urbanas, no debe demolerse para fabricar un banco idéntico a todos los bancos de todas las capitales modernas.

¿Por qué no se prefiere, para las edificaciones "funcionales", los barrios nuevos, donde no sea necesario destruir lo que merezca conservarse por su interés arquitectónico e histórico, y lo nuevo nazca con nombre propio, en vez de ostentarlo como un alias?

Maribona no exagera. Hace perfectamente bien en batirse por el Castillo de la Fuerza, por el Convento de San Francisco en que se halla el Ministerio de Comunicaciones, por el Convento de Santa Clara en que está el de Obras Públicas. No importa que hagamos el ridículo clamando en desierto. Por lo menos, nos quedará la satisfacción de haber quebrado una lanza en servicio de nuestra ciudad.